



www.loqueleo.com/co

Cuentos de Tomás

© Del texto: 2015, Francisco Montaña

© De las ilustraciones: 2015, Henry González

© De esta edición:

2015, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-500-9

Impreso en Colombia

Impreso por Quad Colombia S.A.S.

Primera edición: febrero de 2015

Primera edición en Loqueleo Colombia: diciembre de 2015

Séptima reimpresión en Loqueleo Colombia: octubre de 2020

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Cuentos de Tomás

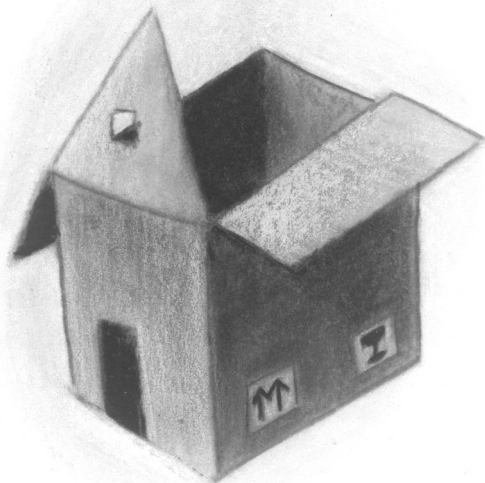
Francisco Montaña



loqueleg

*A Violeta y Matías
con todo el amor*

Una colección de piedras



—¿Te gusta? —le preguntó su mamá.

El niño estaba frente a un cuarto pequeño. No había visto bien y se acercó a la ventana. Daba sobre un patio interior. Miró hacia arriba y no supo si el gris era del edificio o del cielo.

—Tomás, ¿te gusta? Es tu cuarto... —repitió su mamá y Tomás definitivamente no supo qué responder.

Corrió al lado de su papá, que desempacaba libros y papeles de las cajas, y se quedó a su lado mirándolo murmurar y examinar carátulas y lomos como si siguiera una conversación con cada una de las cosas que caía en sus manos.

10 En la noche, cuando el pequeño apartamento estaba completamente inundado por todo lo que no encontraba su lugar en ninguna parte y Tomás y la mamá se habían rendido en la mitad de la sala después de haber intentado acomodar de tres maneras distintas los muebles, llegó el papá con una Coca-Cola y tres sándwiches. Se los comieron en silencio, sentados en el suelo, agotados por el polvo y la estrechez.

—Por lo menos tenemos las camas listas —suspiró el papá y Tomás le sonrió.

Pero la verdad es que las camas no estaban listas e incapaces ya de armarlas tuvieron que dormir en los colchones tirados sobre el piso, estaban tan agotados que cayeron como troncos.

Claro que eso fue bueno. A Tomás le daba miedo caerse de la cama. Así que dormir en el

suelo era un alivio y habría seguido haciéndolo el resto de su vida si su mamá no opinara exactamente lo contrario, que eso era dormir como los animales, cerca de la tierra donde se revuelcan, y que esa había sido la peor noche de su vida.

El día siguiente y el siguiente y el de después fueron días difíciles.

Las cosas no cabían en el apartamento. Tu-
vieron que devolver la mesa de patas largas, la
de patas gordas, el armario caoba, el mueble de
los trapos, el cuadro de los caballos, la silla del
tío y la mesa redonda de la cocina. Todo lo que
no se acomodaba volvía a la casa de los abuelos.

11

Su papá salía con el Fiat del tío lleno y volvía
sin nada, con el baúl listo para llenarlo con lo
que se negaba a quedarse en ese apartamento
estrecho y oscuro. Tomás hubiera querido tener
poderes especiales, convertirse en una de
esas cosas que no encontraba su lugar en el
nuevo apartamento y ser enviado de vuelta a la
casa de los abuelos de donde hubiera preferido
no salir nunca.

—¿Qué te pasa? Andas como alma en pena —le decía su mamá—. ¿No encuentras tu sitio?

12 Tomás la miró abriendo los ojos y volvió a lanzarse a recorrer el apartamento como fiera enjaulada, de un rincón de la cocina al baño del cuarto grande, del clóset de su cuarto al baño de la sala, de la sala al rincón de la tele, de su cama al calentador de paso que rugía como si le estuvieran retorciendo el pescuezo cuando abrían el agua caliente, de la puerta de entrada a la pared del fondo, del cuarto grande a la mesa del comedor, de la ventana de la sala a la cocina, de la puerta de entrada a su cuarto, de su clóset a...

—¡NO MÁS! —le pidió su mamá—. ¡Quédate quieto, me vas a volver loca con esa andadera!

—El río puede dar muchas vueltas, pero el agua siempre llega al mar —dijo su papá y le acarició la cabeza.

El papá de Tomás usaba muchos dichos para hablar y Tomás casi nunca le entendía. Pero esa

vez se quedó pensando que tenía razón. El agua siempre llegaba al mar, toda el agua, por más vueltas que diera, siempre, siempre llegaba al mar. Eso lo alivió un poco y pudo quedarse en el baño viendo correr el agua del grifo y tratando de imaginarse cuánto tardaría en llegar hasta el mar.

—Cierra la llave del agua, mi amor, vas a desocupar los tanques del edificio —le pidió su mamá usando su mejor tono de voz.

13

Tomás pensó en los tanques. Eso era algo nuevo para él. Podría salir a investigar cómo se veía el tanque de agua de un edificio. Cerró la llave y corrió a la puerta de salida.

—Ya vengo —dijo y salió al corredor.

—¡Por fin! —suspiró la mamá y empezó a cantar un canción de Navidad.

El corredor era oscuro. La poca luz que entraba por la ventana del final no alcanzaba a iluminarlo todo y las luces estaban apagadas. Tomás avanzó despacio hasta las escaleras. Al llegar allí se detuvo un momento, deslumbrado

por el sol. Las escaleras estaban casi fuera del edificio, apenas cubiertas con una marquesina. Eran frías y luminosas. Tomás bajó despacio cada tramo, escuchando todo lo que sonaba. Había dos tramos por cada piso y mientras oía se entretenía contándolos. En el octavo oyó la licuadora de los vecinos, en el séptimo los bostezos de un viejo que parecía un hipopótamo tratando de tragarse un río, en el sexto los gritos de una señora que chillaba muy agudo porque nadie le alcanzaba la bata, en el cuarto el llanto de una bebé, en el quinto un traqueteo que podía ser de una silla de ruedas como la de su abuelo o de una mesita con rodachines como la de su abuela que iba y venía, en el cuarto el chirrido de las llantas de una bicicleta frenando en seco, en el tercero el cascabeleo de una moto y una voz femenina que anunciaba: ¡la pizza de la risa ya llegó!, en el segundo el rugido de un camión, y en el primero la voces de varios niños enlazadas en el grito “¡ganaaaaaamos!”.

Tomás se quedó petrificado en el rellano de la entrada del edificio mientras veía volar una lluvia de piedras frente a sus ojos.

—¡No tan rápido! —gritaron otras voces y una nueva andanada de piedras voló en dirección contraria.

Tomás se asomó un poco más teniendo la precaución de no ser blanco de ningún proyectil. Un misterioso silencio se apoderó del lugar. Tomás dio un paso más y se encontró fuera del edificio. Miró al frente y vio otro edificio igual al suyo.

15

—¡Oigan, un momento! ¡Salió! ¡El nuevo salió! ¡Vamos por él! —gritaron las mismas voces en coro. Desde los columpios, de los baúles de los carros, de las ramas de los árboles, de debajo del pasto, de las paredes y del aire mismo emergieron niños. Todos lo señalaban dispuestos a alcanzarlo.

No supo cuántos eran.

Aunque era gordo, algo que Tomás hacía fácilmente era correr para escaparse de las trampas.